

DESDE 6 AÑOS

## Corazón de Mandarín

María Isabel Beltrán

Ilustraciones de María Isabel Beltrán

Una fuerte sequía y las pestes amenazan la supervivencia del pueblo mandarín. Su Emperador, descendiente de una antigua dinastía, debe tomar una difícil decisión, ya que debe arriesgar lo que más ama.



ALFAGUARA  
INFANTIL

ISBN 956-239-295-3



9 789562 392952

ALFAGUARA

María Isabel Beltrán

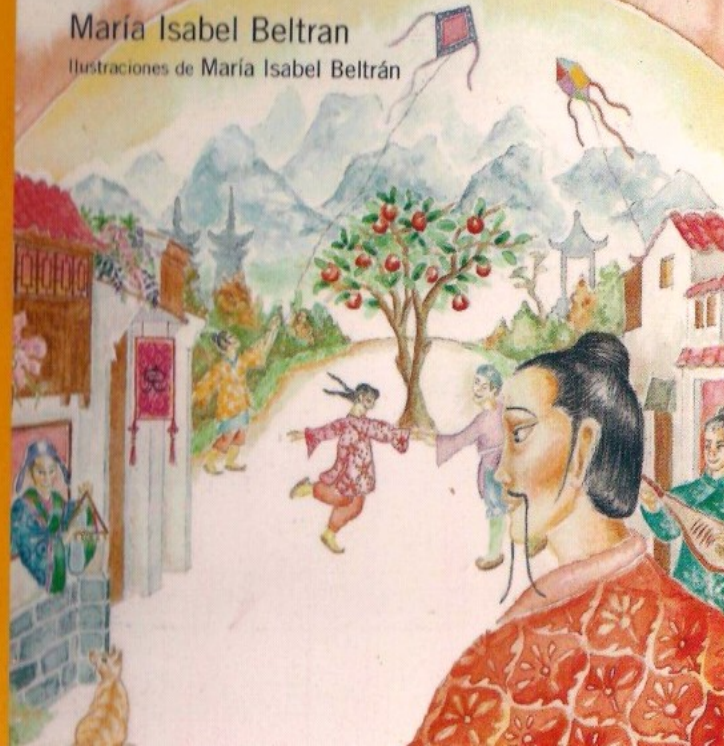
Corazón de Mandarín

ALFAGUARA INFANTIL

## Corazón de Mandarín

María Isabel Beltrán

Ilustraciones de María Isabel Beltrán





*A Santa Teresita del Niño Jesús,  
patrona de las almas pequeñas.*

Tres cosas eran las que más amaba el Emperador Li Chao-Tao: su pueblo, su idioma mandarín y las naranjas.

Descendiente de la antigua dinastía Tang, había sido criado para conservar la cultura y tradiciones de su país, amenazadas ahora por la llegada de comerciantes de la India y el Oriente próximo.





Lo entristecía ver cómo, poco a poco, en sus paseos por la plaza y el mercado, los niños cambiaban sus juegos y canciones al oír nuevas composiciones que ni siquiera entendían. Por eso, cuando le anunciaron la llegada de la delegación del rey de Tánger miró con desconfianza y poco interés a los visitantes.

—Extranjeros con ideas extranjeras —decía para sí.

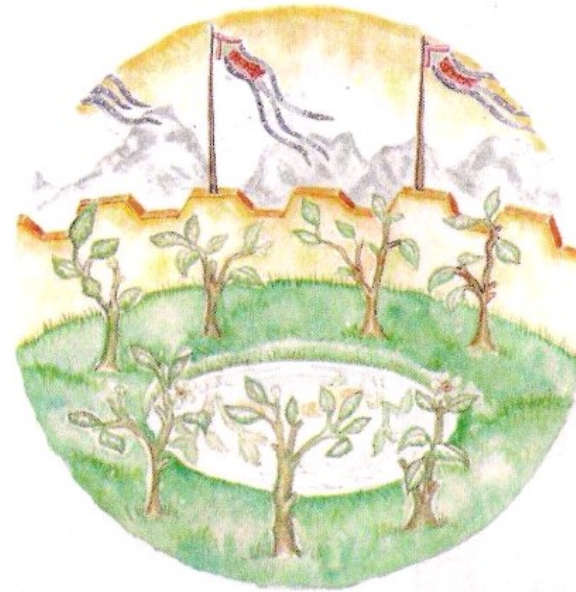
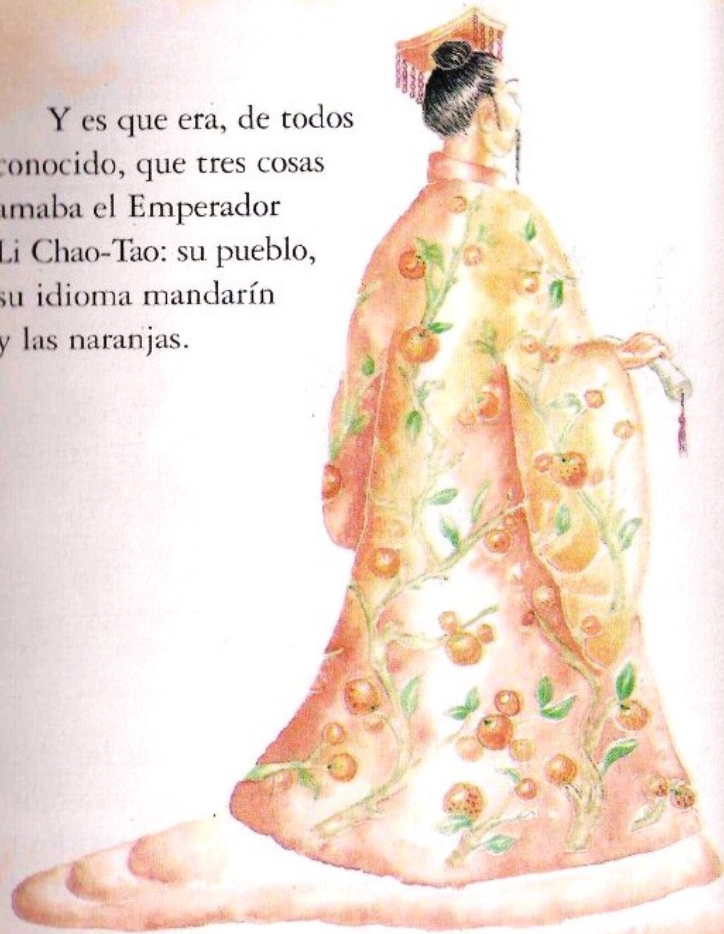


Pronto, la severidad de su rostro se convirtió en una leve sonrisa, al saber que el gobernante africano le enviaba un presente, para establecer mejores relaciones comerciales.



Sonrió más abiertamente al conocer la naturaleza del regalo: siete tangerinos, naranjos de una variedad enana, conocidos y apetecidos por su fruto de dulce pulpa, sin semilla y perfumado aroma.

Y es que era, de todos  
conocido, que tres cosas  
amaba el Emperador  
Li Chao-Tao: su pueblo,  
su idioma mandarín  
y las naranjas.



Desde ese día, cada mañana, el monarca  
era despertado por el dulce aroma de sus  
siete pequeños naranjos, plantados frente a  
su habitación.

Ansioso esperaba la llegada del verano para probar el apetecido manjar.



Al desayuno, el zumo de sus pequeñas naranjas; al almuerzo, verduras con naranjas, de cena, pato con naranjas y, de postre, confites de naranjas. ¡Mmmm! ¡Qué delicia!

Pero junto con la temporada estival, ese año llegaron la sequía y las pestes. Los comerciantes extranjeros rápidamente abandonaron la ciudad por la falta de agua, y la gente fue enfermando poco a poco.



El primer ministro y el jardinero real fueron convocados por el Emperador:

—Si utilizamos el agua de los jardines de palacio, y la distribuimos en un balde diario por persona, podremos pasar todo el verano —sugirió el consejero.

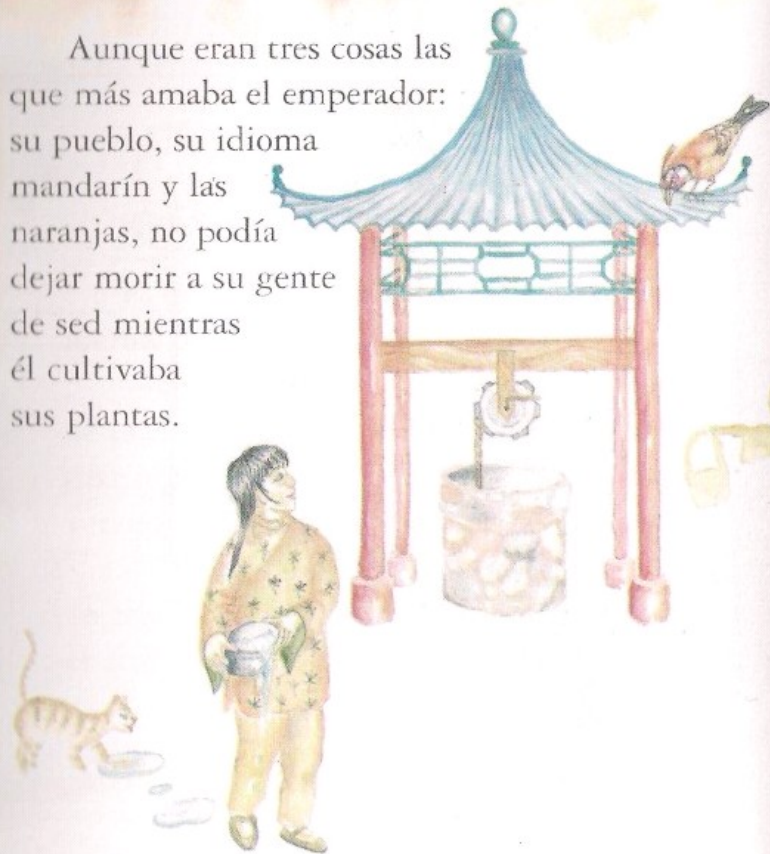
—¡Si dejamos de regar los jardines, en tres semanas estará todo seco! —repuso el jardinero.



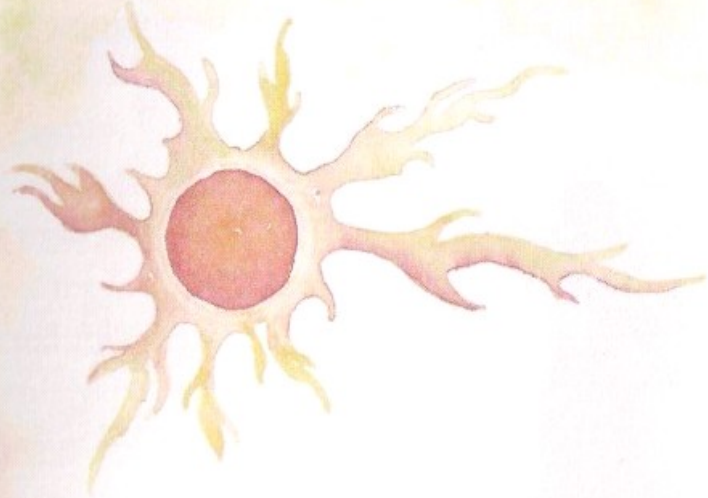
El Emperador se quedó en silencio.



Aunque eran tres cosas las que más amaba el emperador: su pueblo, su idioma mandarín y las naranjas, no podía dejar morir a su gente de sed mientras él cultivaba sus plantas.



—Un balde diario por persona y un reporte semanal del estado de los pequeños naranjos —sentenció Li Chao-Tao.



Poco a poco, el dulce aroma de los pequeños naranjos fue disminuyendo.

La sequía se prolongó y los arbustos se fueron marchitando.



Al Emperador sólo lo consolaba el pensar que su pueblo se había salvado, ya que los enfermos pronto se recuperaron gracias a que nunca les faltó el agua.



Pasó el verano; llegó el otoño y el invierno, y con él las lluvias. Atrás quedó la sequía y la desolación de ver todo mustio.

Lentamente, todo regresaba a la normalidad en los campos, en el pueblo y en el comercio.



Una mañana, el monarca despertó sobresaltado.

—Ese olor tan perfumado, tan dulce, tan suave...

¿Será posible? —se preguntó.



Él lo había sentido antes, pero nunca con tanta intensidad.

Abrió su ventana y vio sus siete pequeños naranjos secos, plantados frente a su habitación.

Salió para examinarlos cuidadosamente...  
Ese olor era inconfundible.



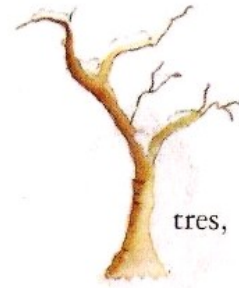
Uno,



dos,



seis...



tres,

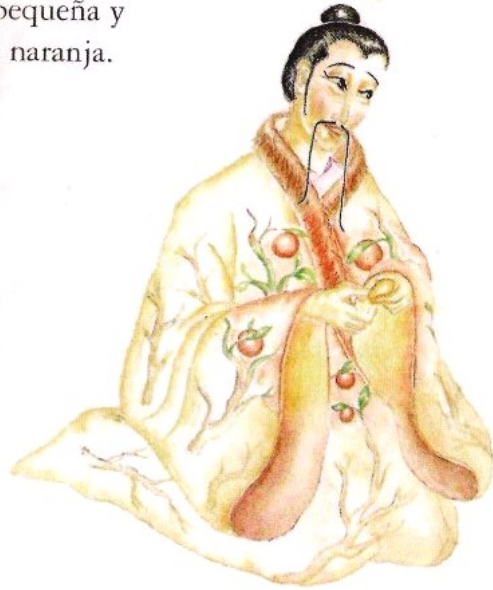


cuatro,



cinco,

Entonces, se detuvo en el último,  
y comprobó que, a pesar de estar  
completamente seco, había  
dado una pequeña y  
perfumada naranja.



El Emperador sintió su dulce olor  
y, sorprendido, se encontró con el más  
bello fruto que jamás se haya visto.

Decidió su traslado justo al medio de la plaza, para que así todos pudieran contemplar y disfrutar el crecimiento de su pequeño naranjo.





¿Y los comerciantes extranjeros?  
Regresaron cuando el mercado se restableció. Fueron recibidos como siempre, pero esta vez, los padres se preocuparon de que sus hijos aprendieran el antiguo idioma, tan amado por el Emperador, para que no se perdiera por el encanto de lo nuevo.

Desde entonces, cada mañana,  
los habitantes del imperio  
despiertan con el aroma  
más generoso que se  
pueda imaginar,  
el de un pequeño  
naranja, al que todos  
llaman Mandarín,  
en honor a su  
Emperador.





**MARÍA ISABEL BELTRÁN R.**

---

Nació en Santiago de Chile. Estudió diseño, pintura y restauración. Se ha dedicado a escribir y contar cuentos a niños en los hospitales.

También, ha realizado talleres de animación y fomento de la lectura en bibliotecas, colegios y centros culturales.